

El chico que descubrió el bosque

TRIKA

El chico que descubrió el bosque

Obra colectiva del centro Trika

centrotrika.org

© Asociación Mórula

La Floresta (Sant Cugat del Vallès, Barcelona)

22 de febrero de 2025

Redacción: Vicen Montserrat (dirección), Daniel Sierra (coordinación).
Rocío Carmona y Clara Galarza (edición), Sebastián Bottazzini (diseño
gráfico), Juana Calle (maquetación).

CONTENIDO

El cuento	4
La mirada viva	II

EL CUENTO

El chico
que descubrió
el bosque

En la ciudad donde vivía Milo, todo era gris.

No solo las calles y los edificios, sino también las caras de las personas.

Hombres y mujeres caminaban apresurados hacia el trabajo, con la vista clavada en el suelo, sin mirarse, sin hablarse, con las manos grises en los bolsillos o agarrando fuerte sus maletines.

En la escuela, los profesores repetían las mismas frases de siempre:

«Estudia, sé responsable, prepárate para tu futuro».

Un futuro que era idéntico al de todos los demás: oficina, fábrica, rutina, silencio.

Milo nunca se había preguntado si las cosas podían ser distintas. Hasta que, un día, algo cambió.

Esa mañana, una avería en el metro hizo que no pudiera llegar al instituto a tiempo.

Las normas eran muy claras: el retraso no estaba permitido.

Las puertas cerraban a las ocho y no volvían a abrirse hasta las tres.

Deambulaba sin rumbo por la calle en la que el metro se había parado cuando, en una esquina, una niña pasó veloz en su patinete.

Llevaba el cabello al viento, los ojos brillantes y una risa que resonó en el aire como algo fuera de lugar en aquella ciudad apagada.

—¿Vienes? —le preguntó, deteniéndose de golpe.

Milo no entendió la pregunta.

—¿A dónde?

—A ver qué hay más allá.

No supo por qué, pero sus pies comenzaron a moverse detrás de los de la niña.

Caminaron juntos por calles que nunca había recorrido.

Cada vez se veía menos gente, y en el asfalto y en la acera se abrían algunas grietas.

Milo se fijó que en una de ellas había crecido una pequeña flor amarilla y se preguntó cómo había sido capaz de abrirse paso entre el cemento.

Seguían caminando y la niña no decía nada.

Él tampoco, pero aquel silencio cómodo entre ellos le gustaba.

Sin darse cuenta, la ciudad fue quedando atrás.

Poco a poco, el cemento dio paso a la tierra, los ruidos de los coches se disolvieron en el canto de los pájaros y el aire se llenó de un rico olor a tierra húmeda.

Frente a ellos, un bosque se abría como un mundo desconocido.

—Nunca había estado aquí —murmuró Milo.

La niña sonrió.

Subieron una colina, vieron el atardecer encenderse en colores que él nunca había imaginado.

Desde lo alto y con aquella luz, incluso los edificios grises de su ciudad tenían matices de otros tonos.

Luego, al bajar, siguieron un río hasta una cascada donde el agua les salpicó la cara y les hizo reír.

Su cuerpo estaba ligero.

Su pecho, abierto.

Su respiración, profunda.

Como si algo dentro de él hubiera despertado.

Cuando finalmente volvió a casa, ya de noche, su madre lo miró sorprendida.

—¿Por qué sonríes tanto? —preguntó.

Milo no supo qué responder.

Solo sabía que, al día siguiente, volvería al bosque.

Había algo ahí fuera, y dentro de él, que necesitaba encontrar.

LA M|RADA VIVA

Milo vivía en un mundo donde todo era rígido: los cuerpos, las emociones, las normas.

Su ciudad representa el carácter acorazado, un estado en el que las personas han aprendido a reprimir su sensibilidad para encajar en un sistema mecánico y repetitivo.

Esta coraza no es solo mental, sino también corporal: músculos tensos, respiración superficial, corazones bloqueados.

El encuentro con la niña y la salida hacia la naturaleza representan el despertar del cuerpo y la energía bloqueada.

Caminar, reír, sentir el viento, el agua y la tierra activan algo en Milo: su pulsación vital.

Su respiración se hace más profunda, su rigidez se disuelve, su sensibilidad regresa.

Este es el paso del carácter acorazado a la estructura orgánica.

Un cuerpo vivo, en conexión con su entorno, que siente, que vibra, que se mueve en libertad.

Milo no solo descubre el bosque.

Se descubre a sí mismo.

Y ese es el verdadero inicio de su aventura.

